

A close-up photograph of plum blossoms on a branch. The flowers are white with yellow stamens and some buds are still closed. The background is a soft, out-of-focus grey.

Compilación de
artículos de
semana santa
2026

[is]creb

Institut Superior de Ciències
Religioses de Barcelona

La semana santa: el legado de Jesús

Dr. Emeterio Chaparro i Lillo



A veces me pasa, sí, lo reconozco, sin quererlo ni buscarlo se me solivianta el corazón, se me desvanece la paz interior..., y hasta se me reafirma la convicción de ser totalmente vulnerable. Tal vez a ti, que estás leyendo estas palabras, también te ocurre... Cuando, por ejemplo, me invaden sentimientos pesimistas por las noticias que escucho, las guerras, las injusticias sociales, justificadas, incluso, de puertas afuera; comportamientos institucionalizados que evidencian profundas incoherencias, egoísmos, y falta de sentido común. O cuando, más a nivel personal, mi propia historia pasada aparece con ecos de haber vivido situaciones en la ignorancia o inconsciencia, o el porvenir, como algo que ni puedo asegurar para mí, ni para mis seres queridos... También, ahora que vamos a celebrar la Semana Santa, siento el rostro de Jesús en la cruz: él también tuvo su familia, también él fue niño, joven..., un ser humano, cuyas acciones y deseos fueron hacer el bien en este mundo. ¡Y por pura maldad y egoísmo lo mataron de forma cruel! ¡Cómo es posible! ¡Ninguna persona se merece esto, y menos, aún, él!

Y, sin embargo, hay algo que supera todo esto, como una flor que va desplegándose en el interior de uno mismo: el amor. Una palabra, sí, muy repetida, tergiversada, malentendida, manipulada..., pero la única capaz de dar belleza y sentido verdadero a la vida.

La presencia de Jesús en el interior, me hace ver que el amor no es un mero sentimiento, por legítimo que sea. Es, más bien, un mandamiento, por encima de cualquier otra convicción que uno tenga. Así lo expresó Jesús cuando se despidió de los suyos en la última cena: "Un mandamiento nuevo os doy, que os améis los unos a los otros; como yo os he amado, que también os améis los unos a los otros" (Jn 13, 34). Y, por eso, porque no es un mero sentimiento, tiene que manifestarse en acciones concretas: "Ninguno tiene mayor amor que éste, dar la vida por sus amigos" (Jn 15, 13).

Uno comprende, al mismo tiempo, que algo que no nace de un amor verdadero no aprovecha para nada. La muerte de Jesús también se impone por encima de los propios sentimientos. Fue la consecuencia de este amor de Dios al mundo: "Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su propio hijo" (Jn 3, 16). Y, sobre todo, la mayor manifestación de quién es Jesús, que firma, con su propia sangre, que sus palabras y sus obras fueron totalmente verdaderas. Porque no hay verdadero amor que no conlleve verdaderos sacrificios.

Y si el testimonio de Jesús en la cena y en la cruz son una lección de vida, una luz para el camino, la resurrección es el legado, su herencia: "entregó el espíritu" (Jn 19, 30). Ni mis sentimientos ni mis convicciones han de determinar mi ser en esta tierra. Es

su presencia viva la que debería adueñarse de mí. Y así, hacer realidad, con mis deseos y mis acciones, que amar al prójimo es la manifestación del amor de Dios.

Una vez leí una oración que decía:

Le pedí a Dios que me quitara mi orgullo... Dios me dijo: "¡No!... eres tú quien se tiene que humillar". Le pedí a Dios que me diera paciencia... Dios me dijo: "¡No!... la paciencia es fruto de la tribulación, no se regala, hay que ganarla". Le pedí a Dios que me diera felicidad... Dios me dijo: "¡No!... Yo doy bendiciones, la felicidad depende de tu actitud ante mis dones". Le pedí a Dios que me quitara mi dolor... Dios me dijo: "¡No!... el dolor te hace crecer más en el amor". Le pedí a Dios que me ayudara a amar a los otros como Él nos amó... Dios me dijo: "¡Sí! Ya estás comprendiendo mi labor".

Llega uno así al convencimiento de que Dios lo puede todo. Recuerdo, a propósito, unas palabras de Teresa de Calcuta, que hablaban de los "frutos" espirituales...

"El fruto del silencio es la oración.

El fruto de la oración, la fe.

El fruto de la fe es el amor.

El fruto del amor es el servicio.

El fruto del servicio es la paz".

Pascua, río de agua

fresca

Lic. Lluís Agustí i Parrot



Cada año, en cada ciclo litúrgico, los cristianos celebramos la Pascua de Jesús muerto y resucitado. Y la celebramos al inicio de la primavera, cuando los árboles, las flores, los pájaros reviven de nuevo con sus colores y sus cantos. “Exulten de alegría todos los ángeles... y suenen los tambores y las guitarras... la tierra se llena de alegría...” dice el canto de Kairoi “Pregón Pascual”.

Y es que la Pascua es como un río de agua fresca y cristalina que brota del interior de las montañas. Un río de agua transparente: sus aguas riegan los árboles y sembrados, inundan los campos, llenan los pantanos y sacian la sed de la humanidad.

La liturgia cristiana utiliza el símbolo del agua para recordarnos que somos peregrinos sedientos de agua viva y recuerda que el agua de nuestro bautismo nos ha purificado y lavado y sacia nuestra sed. Podemos decir como la samaritana de Sicar: “Señor, danos de esta agua”.

La Pascua de Jesús es un soplo de aire que renueva la atmósfera. Es como una brisa suave que refresca nuestro cuerpo y nuestro corazón y donde podemos escuchar la voz de Dios.

La Pascua de Jesús es también nuestra Pascua. No podemos renunciar a ella. Sería como “un suicidio creyente”, en palabras de Cristina Inogés Sanz, porque sería renunciar a lo más humano del ser humano, a nuestra vulnerabilidad e impotencia ante Dios y nos fabricaríamos un Dios a nuestra imagen.

Sería renunciar a la frescura y transparencia, al atractivo del mensaje cristiano, a su libertad y novedad.

Pero, ¿cómo podemos vivir la Pascua? La Pascua se vive en la realidad de cada día. En medio de la vida ordinaria podemos ser personas de esperanza. Tenemos motivos para desesperarnos, pero la fe en Cristo resucitado suscita en nuestro interior un deseo de sentido y de esperanza incluso en aquellas

situaciones donde no encontramos motivos para esperar. Sí, la Pascua nos interpela a ser testigos de esperanza. Y la esperanza nos sostiene, pero también debemos sostenerla.

Tal como dice San Pablo en 1Cor 15, toda la vida humana y también la muerte están iluminadas por la vida, muerte y resurrección de Jesús, a través del Espíritu que resucitó a Jesús. El Espíritu de Dios no dejó a Jesús en la sepultura de la muerte. Es Él quien removi6 y tritur6 la piedra del sepulcro. Así también, el Espíritu de Dios puede romper nuestros miedos, nuestros muros, nuestras situaciones de muerte, nuestras dudas y hacer brotar en nosotros un río de agua viva. Escuchemos por un momento la pregunta de Jesús: cristiano que celebras la Pascua, ¿crees todo esto? “Señor, aumenta mi fe”.

El Papa Francisco nos dio una receta muy sencilla: no vivamos la Pascua con cara de “pepinos en vinagre”. Y volviendo al Preg6n Pascual, podemos decir bien fuerte: Que comience en ti, hermano, la fiesta, con un himno de alabanza a tu Señor, porque el fuego ha llegado a nuestro corazón y la luz ilumina tus caminos. [...] Canten canciones de primavera, de esperanza en un mundo que est6 llegando (aunque no lo parezca). Y que callen todas las palabras porque Cristo est6 vivo a tu lado”.

María, Madre de la Esperanza y Misericordia nos acompañe en este camino de Pascua y nos ayude a ser testigos de la esperanza en medio de un mundo que llora por la violencia de las bombas y lucha por la paz y la justicia.

Vivir la Pascua cristiana: caminar hoy como Jesús de Nazaret

[Lic. Isabel Giménez Beút](#)



En un tiempo marcado por la prisa, la polarización, la soledad, la saturación de estímulos, y la búsqueda constante de resultados inmediatos. la Pascua nos recuerda algo esencial: la vida no se reduce a sobrevivir, producir o consumir. La vida, en su sentido más hondo, es relación, es don, es apertura y la Pascua nos invita a detenernos y mirar la vida desde otra perspectiva.

Jesús vivió así. Su Pascua —su paso— fue el tránsito de una existencia entregada hasta el extremo, hacia una vida plena que desborda la muerte. Y ese paso no es solo suyo: es una invitación para nosotros.

La Pascua cristiana sigue siendo, una experiencia profundamente transformadora. No se trata solo de recordar un acontecimiento del pasado, sino de dejarnos alcanzar por una fuerza que sigue viva y actuante. La Pascua es el corazón del cristianismo porque nos habla de un Dios que no se resigna ante la muerte, que no abandona a sus hijos y que, en Jesús de Nazaret, abre un camino de vida nueva. Celebrarla hoy implica preguntarnos cómo encarnar ese mismo dinamismo en un mundo lleno de desafíos, contradicciones y posibilidades.

Jesús vivió con una libertad interior que desconcertaba a quienes lo rodeaban. No se dejó atrapar por el miedo, ni por la presión del poder, ni por la lógica del éxito. Su manera de estar en el mundo fue profundamente humana y profundamente divina: escuchó, acompañó, denunció, sanó, compartió. Su Pascua —su paso— fue la culminación de una vida entregada por amor.

Si Jesús caminara hoy por nuestras calles, probablemente se acercaría a quienes viven en soledad, a quienes cargan con heridas invisibles, a quienes sienten que no cuentan. También se alegraría con quienes trabajan por la justicia, con quienes cuidan la creación, con quienes construyen comunidad en medio de la indiferencia. Su mirada seguiría siendo la misma: una mirada que

reconoce la dignidad de cada persona y que invita a levantarse, a recomenzar, a creer que la vida puede renacer incluso en los lugares más inesperados.

Vivir la Pascua, significa atrevernos a mirar la realidad con esos mismos ojos. Implica aprender a detenernos para escuchar de verdad, a no responder con agresividad a la diferencia, a construir puentes donde otros levantan muros. Significa apostar por la ternura en un mundo que a veces confunde fortaleza con dureza. Significa cuidar la tierra como un don precioso y no como un recurso que se agota. Significa reconocer que cada persona es un hermano, no un rival.

Pero la Pascua no es solo un estilo de vida; es también una experiencia de esperanza. La resurrección no es un final feliz añadido a una historia trágica, sino la afirmación de que el amor es más fuerte que la muerte. En un siglo marcado por crisis globales, incertidumbres y heridas colectivas, esta esperanza no es ingenua. Es una fuerza que sostiene, que impulsa, que transforma. Vivir la Pascua hoy es creer que el mal no tiene la última palabra, que siempre es posible recomenzar, que cada gesto de bondad contribuye a un mundo más humano.

Jesús, si viviera hoy, probablemente no nos pediría grandes gestas. Nos invitaría a lo sencillo y a la vez revolucionario: a perdonar, a compartir, a no pasar de largo ante el sufrimiento, a confiar en que Dios sigue actuando en lo pequeño, a detenernos más y juzgar menos. Nos recordaría que la Pascua no se celebra solo en los templos, sino en cada acto de amor que vence al egoísmo, en cada reconciliación que rompe un círculo de violencia, en cada semilla de justicia que se siembra en lo cotidiano.

En definitiva, vivir la Pascua cristiana en el siglo XXI es dejarnos transformar por la misma fuerza que impulsó a Jesús: la certeza de que el amor es camino, verdad y vida. Es permitir que su paso se convierta en nuestro paso. Y es creer que, incluso hoy, la resurrección sigue aconteciendo en cada corazón que se abre a la luz.

Las siete últimas palabras de Cristo en la Cruz

[Dr. Lluís Serra i Llansana](#)



“Las siete últimas palabras de Cristo en la Cruz” (*Seven Last Words of Christ*) fue la composición musical de Franz Joseph Haydn interpretada por el Cuarteto de Cuerda Classicambra de la Orquesta Sinfónica Julià Carbonell de las Tierras de Lleida en el Aula Magna del Instituto de Estudios Ilerdenses el 2 de marzo de 2007. El público, que llenaba la sala a rebosar, ovacionó a los músicos Vasil Lambrinov, Fernando Cleves, Albert Flores y Teresa Valls. Respetando la intención del autor, cada fragmento musical correspondiente a una palabra iba precedido por la lectura de un texto que compuse y leí para la ocasión, y que, después de esta introducción, reproduzco fielmente.

Haydn, coetáneo de Mozart y, como él, también austríaco, dedicó los últimos años de su vida a la composición de música sacra, como el Oratorio de *La Creación*, de gran belleza.

El tema de las siete palabras de Cristo, dentro de la tradición cristiana, ha sido recurrente en las celebraciones cuaresmales, especialmente en la festividad del Viernes Santo, porque se sitúa en el marco de la pasión y muerte de Jesús y porque representa su testamento espiritual. La última palabra de una persona siempre tiene un sentido de síntesis y culminación de su vida.

Xavier Rubert de Ventós citó hace años en un artículo suyo esta parábola: “Cuentan de un monje tan santo y sabio que, después de toda una vida de estudio y meditación, no había pronunciado jamás una sola palabra. Todos los monjes del monasterio respetaban y veneraban su sabiduría, pero al cumplir 85 años y decaer su salud, le pidieron que hablara por fin. ‘Antes de morir, danos una breve síntesis de todo lo que has aprendido y contemplado en estos años. No te vayas sin dejarnos un fragmento, una pista que nos ayude en nuestro estudio y nos oriente en la contemplación.’

El anciano les respondió con una sonrisa, pero siguió sin decir nada. A medida que su salud empeoraba, los jóvenes monjes se impacientaban. Ya en el lecho de muerte, lo increparon y lo sacudieron para arrancarle, aunque fuera una chispa de su tesoro espiritual. ‘No seas egoísta ni cruel. No te lleves contigo todo lo que has acumulado y que puede servirnos de luz y guía.’ Pero el anciano

permanecía en silencio, imperturbable, mientras los monjes empezaban incluso a golpearlo. Sólo en el momento de exhalar el último suspiro pronunció una palabra, su única palabra: 'Fuego.' Y el monasterio empezó a arder.”

En nuestra cultura, la palabra ha perdido la consistencia y la fuerza de hacer realidad lo que dice. En Jesús, que habla con autoridad, la palabra es eficaz y un camino de revelación. Se trata de escucharlo y, como María, meditar su contenido en nuestro corazón. Si estos comentarios te ayudan, adelante. En caso contrario, olvídalos.

PRIMERA PALABRA

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lc 23,34)

Una mujer está mirando la televisión. Una vez más aparecen las imágenes del atentado terrorista. Su corazón sangra de dolor. Le recuerda la muerte de su hijo, víctima inocente de una explosión indiscriminada. Piensa en los verdugos. Primero se indigna; después, con el alma rota, exclama: «No sabéis lo que habéis hecho.» Y... quiere perdonar.

Ante la injusticia, se clama venganza. De este modo, la espiral asciende hasta límites incontrolables. Jesús rompe esta dinámica perversa pidiendo el perdón para sus verdugos, a quienes atribuye ignorancia más que maldad. Como Jesús anuncia el Evangelio con valentía, los poderes desean eliminarlo porque les resulta incómoda la voz de los profetas. La vieja historia de matar al mensajero para dejar de oír el mensaje. Pero precisamente su muerte es el mejor mensaje: una muerte injusta que no le impide amar hasta el final; una muerte injusta que no le impide pedir al Padre perdón y misericordia para quienes le infligen sufrimientos y dolores extremos. Este es el primer camino hacia la reconciliación y la paz.

SEGUNDA PALABRA

Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso (Lc 23,43)

Un hospital de provincias. Sala de enfermos terminales. La chica joven, demacrada por los estragos del sida, está a punto de morir. El enfermero le coge la mano y hunde su mirada en los ojos temerosos y tiernos de la paciente. La muchacha, con una voz casi imperceptible, le dice: «Gracias. Te espero en el paraíso.» El joven le sonrío con lágrimas en el corazón.

Jesús, sentenciado entre dos ladrones. Dimas, el llamado “buen ladrón”, y otro, anónimo, considerado el malo. Pero este no es el punto de vista de Jesús. Dimas es el símbolo de la pobreza, y el otro es el símbolo de la marginación: lucha, blasfema, insulta. Jesús no lo rechaza, sino que muestra que el camino de sanación pasa por reconocer la propia culpa y abrirse al bien. Este es el camino del paraíso que ha iniciado Dimas. El ladrón marginado también podrá recorrerlo. Jesús no le cierra la puerta, sino que le señala la senda. No hay juicio. Los dos ladrones no son inocentes, pero tampoco son más culpables que quienes han condenado a Jesús o han pedido su ejecución. Ambos son los compañeros de Jesús en la cruz.

TERCERA PALABRA

*Mujer, aquí tienes a tu hijo.

Aquí tienes a tu madre* (Jn 19,26-27)

En un pueblo perdido de Siberia. La pareja espera en la sala del orfanato. Vienen de muy lejos. Han hecho una gran inversión. Su hogar estallará pronto en gritos infantiles de juego y alegría. Ahora solo resuenan voces adultas. Se han decidido por la adopción. Los trámites han sido largos y pesados. Llega la educadora con un niño de dos años. Les dice: «Aquí tenéis a vuestro hijo.» Y al niño le dice: «Aquí tienes a tus padres.»

Jesús acepta la realidad biológica y emocional del vínculo entre padres e hijos. Es un lazo que vive con alegría y que remite a otro vínculo aún más profundo: el vínculo con Dios, que crea una nueva relación entre las personas. María sigue el mismo criterio. Vive y ama como mujer y como madre, pero sabe que la escucha y el cumplimiento de la palabra de Dios generan lazos todavía más fuertes.

Ambos están unidos por la sangre y están unidos por la fe. María no teme ver morir a su Hijo, aunque una espada le atravesase el alma. Permanece al pie de la cruz, de pie, junto a Él. Jesús quiere que María continúe su maternidad con los hijos de la nueva comunidad cristiana. Juan, el discípulo amado, recibe el regalo de una relación nueva. A través de él, nos llega también a nosotros.

CUARTA PALABRA

Eloí, Eloí, ¿lemá sabactaní? —que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15,34)

La foto está, como siempre, sobre la mesa del escritorio. El rostro de una persona joven, vital y alegre. Es un recuerdo del viaje que hicieron hace muchos años. La mujer, ahora viuda, lucha contra una soledad abrumadora. La muerte de su

marido la ha sumido en la ausencia. De vez en cuando, cuando el corazón se oscurece, exclama: «¿Por qué me has abandonado?»

El abismo del dolor y de la falta de sentido puede generar el vértigo de la soledad radical. Hay situaciones en la vida en las que los interrogantes se amontonan sin hallar respuesta. Una persona quiere adentrarse en el corazón de Dios y la oscuridad la envuelve. Los “porqués” pueden formularse, pero están condenados a no obtener una respuesta satisfactoria. Jesús experimenta la noche oscura del alma, como si hubiera perdido la conexión con Dios. Esta es la palabra más dramática pronunciada por Él. Puede escandalizar a quien la escucha, pero si Jesús pasa por estas dificultades, todo creyente sabe lo que puede esperar. Solo quien pierde a Dios puede recuperar a Dios. Solo quien se siente solo puede llegar a vivir acompañado. Este abandono es la puerta que nos abre al misterio del Amor de Dios.

QUINTA PALABRA

Tengo sed (Jn 19,28)

Etiopía. La tierra está llena de grietas. Hace tanto tiempo que no llueve... Las chozas del poblado resisten como pueden el calor de un sol despiadado. Unos niños, a la sombra, no tienen fuerzas ni para jugar. Una niña ve a su madre, se levanta como puede y camina hacia ella. Cae. La mujer recoge a su hija con dolor y ternura, pero la voz infantil le parte el corazón cuando dice: «Mamá, tengo sed.»

La crucifixión provoca una sed terrible. Los estudios así lo muestran. Jesús no está representando una obra teatral: vive en su carne el dolor inconmensurable de una muerte injusta. Llega al límite del sufrimiento y de la resistencia, pero sabe expresar sus necesidades. Igual que hizo una vez con la mujer samaritana, a quien dijo: «Dame de beber.» Él, la fuente del agua viva, manifiesta sed. Vive la humildad de reconocerse débil, de permitir que lo ayuden. El cristianismo es una invitación a valorar la realidad del cuerpo. Jesús, encarnado, se hace en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado. La sed es también símbolo de amor a la vida, de conexión con la tierra, de sencillez humana. La grandeza de Dios se descubre en los pequeños detalles de la existencia.

SEXTA PALABRA

Todo se ha cumplido (Jn 19,30)

Aeropuerto de un país latinoamericano. Un joven sube la escalerilla del avión que lo llevará de regreso a su país y a su familia. Ha pasado tres años como cooperante. La despedida fue emotiva. Ha dedicado los mejores años de su vida a poner en marcha un proyecto social entre los más pobres. Los lleva en el corazón. Cuánto los quiere. Gira la cabeza en una última mirada y dice: «Todo se ha cumplido.»

No importa que la vida sea corta, sino que sea plena. No importa construir mil proyectos, sino realizar el sueño de Dios en la propia vida. No importa correr y avanzar rápido, sino acertar en el blanco. No importa hacer muchas cosas, sino llevar a cabo las más significativas. El balance final no podía ser mejor: «Todo se ha cumplido.» No se trata de mucho o de poco, sino de todo. Jesús manifiesta una dedicación absoluta. Los planes de Dios, mientras Él ha estado en el mundo, han guiado su vida y su conducta. Cada uno de sus pasos ha sido una invitación al Reino de Dios, a curar enfermos, a sanar corazones heridos... Una vida vivida desde el amor tiene garantizada su plenitud. Ahora ya puede morir en paz. Solo le queda la última palabra.

SÉPTIMA PALABRA

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Lc 23,46)

Su biografía parece una novela. Siempre ha sido un buscador. Errores, tantos como se quiera. Olvidó a Dios durante muchos años. Se apartó de la fe de sus padres. Las crisis existenciales le han hecho sufrir mucho. Poco a poco ha encontrado la luz. Ahora, con su familia rodeando su cama, reza sin reservas: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

En pocos instantes, Jesús ha pasado por todo: perdón, solidaridad con los pobres, amor filial, soledad abismal, sed insoportable y convicción de una vida cumplida. Le queda el último paso. Dios ya es Padre. La soledad ya es confianza. La muerte aún es aliento. Las manos son acogida. La ascética ya no tiene nada que decir. Solo queda espacio para la mística. No es hacer, sino dejarse hacer. No es conquistar, sino dejarse poseer. No es palabra, sino silencio. No es poder, sino confianza.

No es muerte, sino vida. Los “porqués” quedan atrás. Solo queda horizonte para el misterio. Dios creó el mundo en siete días. Jesús nos abre un mundo nuevo en siete palabras que, desde el Viernes Santo de 1787, han estado acompañadas por la música de Haydn y por diversos comentaristas. Música y palabra para adentrarnos en el misterio que nos conduce a la dimensión del Espíritu. Escucha y confía.

Travesías hacia la resurrección

[Dr. Lluís Serra i Llansana](#)



No se llega de golpe a la resurrección. Normalmente, hay que transitar por determinadas travesías que conducen a ella. Me detengo en tres. La primera, la muerte. Para resucitar, antes hay que morir. Adentrarse en un terreno ignoto. Desprenderse de todo para conseguirlo todo. Dejar la vida temporal para alcanzar la vida eterna. El miedo nos acogota ante la travesía de la muerte. Una realidad que he vivido desde pequeño. En mi infancia, murió mi padre. En mi adolescencia, mi madre. En la plenitud de adultez, un hermano, una hermana, otro hermano... Y ahora, mi propia muerte se dibuja como una realidad inesquivable. Los círculos concéntricos se van estrechando. Ya no son los demás. Yo también tengo mi hora. Las palabras de Ignacio de Loyola al despedirse de Javier en *El divino impaciente* lo recuerdan: “No te acuestes una noche sin tener algún momento meditación de la muerte y el juicio, que a lo que entiendo, dormir sobre la esperanza de estos hondos pensamientos importa más que tener por almohada, piedra o leño”.

La segunda, la travesía del vacío para lograr la plenitud. La tumba vacía es el vericuetto para llegar a la resurrección. El vacío, el abismo... causa vértigo. Para agarrarse a una realidad nueva, hay que vaciarse las manos de todas las demás cosas. Vacarse es desprenderse. Soltar cuesta. Genera inseguridad y desamparo. A menudo, es más difícil cuanto menos vale. El ego se nos agarra como una lapa pegajosa. Causa sensación de abrigo, pero nos encadena y nos impide vivir en libertad.

La tercera, la travesía del infierno al cielo. En la formulación del Credo, se afirma con toda claridad: “Descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos”. Dante lo escribió de manera magistral en *La divina comedia*. Para llegar al paraíso, hay que pasar por el infierno y el purgatorio. Pasar por la soledad, la desesperanza, el abandono, el silencio... La cuarta palabra de Cristo en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” La angustia, la depresión, el dolor inmenso. Cada uno conoce su propia historia. Santa Teresa de Lisieux también pasó su propio infierno: “Tenía entonces grandes pruebas de toda clase (hasta preguntarme a veces si había un cielo)”. Nietzsche escribió: “Todo el que alguna vez construyó un cielo nuevo encontró primero en su propio infierno el poder necesario para ello”. Travesía durísima.

Muerte, vacío, infierno... no son muros, sino travesías hacia la resurrección. En la miniserie *Misa de medianoche*, dirigida por Mike Flanagan en 2021, el P. Paul, la fanática Bev, la comunidad de Crockett Island se enfrentan a la fe, la culpa, la mortalidad y el autoengaño colectivo. Al final, un grupo numeroso de fieles acepta la muerte desde la entrega confiada, mientras canta con gran serenidad y paz interior *Nearer My God Yo Thee* (Más cerca, Dios mío, de ti), basado en Génesis 28 en pasaje de la escalera de Jacob. Se cree que este canto fue la última interpretación de la orquesta del RMS Titanic antes de su famoso. Fue la última palabra de Jesús en la cruz: "En tus manos encomiendo mi espíritu". La confianza es la travesía final hacia la resurrección.